

nos hace agradar de la irregularidad de las selvas, de la variedad de los jardines, del flujo y reflujó de opiniones, y en sus mismos defectos se entretiene, contentándose de cualquiera en que halla alguna novedad. Pero, sin duda, es más eminente grado de hermosura, y son más atractivos y penetrantes sus halagos, cuando las calidades corporales forman unión tan estrecha, mezcla tan perfecta, que de la confección de todo lo que tiene de raro, resulta un esplendor en que no se distingue diversidad. Un precioso diamante que no luce con los tibios reflejos del cristal, sino con vivos y vigorosos rayos, agrada más á la vista que las varias colores de otras piedras. Las azucenas y rosas, dulcemente desatadas por mano de la naturaleza en la blanda tez de hermosura y concertada simetría, dan mayor esplendor á la belleza.... El orden y proporción de partes, la correspondencia de líneas, colores y sombras, no son sino disposición que prepara la materia para recibir esta calidad celeste, y constituirle un trono, de donde nos dé leyes con majestad suprema. Parece que naturalmente tiene algo que excede las comunes condiciones corporales, pues no se dexa conocer de los brutos ni de los hombres que no tienen uso de razón....

»Esto hizo decir á los platónicos que la belleza es un rayo de la Divinidad esparcido en las cosas materiales, que las ilustra y comunica más gracia y vivacidad que la luz á los colores, y que sin ella los objetos dependientes de la materia, y

medidos á la cantidad, no podrían mover y transportar las almas inmortales. Su poder muestra corresponder á lo infinito, arrebatando los espíritus con un movimiento que no padece cansancio, que crece en la continuación y se termina en el éxtasis.»

No se le ocultó al conde de Rebolledo el carácter desinteresado de la contemplación de la belleza: «Todas las demás pasiones naturales, no se mueven sino por objetos que sustentan el ser, que lisonjean los sentidos con calidades conformes al temperamento de sus órganos, y acciones convenientes á su conservación. La Hermosura no tiene ninguno destes cebos mercenarios: sus halagos son puros: no es amada sino por sí misma; gana los corazones sin el cohecho de la utilidad.... Es una imagen en que se reconocen muchas señas del bien soberano.

»Si las cosas corporales tienen diferencia en la hermosura, y no son los espíritus humanos menos diversos en sus sentimientos, ni un mismo objeto produce los mismos afectos en todos, de esta consideración natural se deducen argumentos que dan á conocer la Beldad soberana, porque las cosas materiales no reconocen este lustre exterior al inmediato principio de que tienen el ser, supuesto que en él todas son diferentes... De aquí hemos de deducir que es infinita la causa que hace esta infinidad de impresiones en la materia; y que no tuviéramos una idea que nos hiciera notar hermosura en todos los objetos, y defecto en todas las hermosuras, si no hubiera una tan so-

berana que las comprendiera en sí todas, con eminencia libre de imperfección.... «La belleza (dijo Platón) es flor de la bondad, y es la muestra que nos descubre las riquezas escondidas en los tesoros de la sustancia, para inducirnos á procurarlas por el agrado que recibe la vista. Luego si no hubiera ninguna bondad universal, que fuese más íntima á los seres que su propia sustancia, y que mereciese todo nuestro deseo, se seguiría que estas atracciones que nos preparan las cosas corporales, serían afeites que engañarían nuestra vista, encubridores de sujetos que no poseen la bondad que promete el semblante.» Siendo las hermosuras naturales *breve centella de luz en abismos de oscuridad*, sin la soberana beldad, exenta de toda imperfección fallaría aquella verdad natural de que la hermosura es amable, y la inclinación que nos conduce fuera engañosa, por no haber sujeto que tuviese conformidad con nuestra idea, ni centro adonde se dirigiese el movimiento de nuestra afición, ni donde pudiese descansar seguramente.»

Afirma, pues, el conde de Rebolledo, fundándose en la impresión *subjetiva* (y en esto consiste su originalidad respecto de los otros platónicos), fundándose, digo, «en los afectos que en nosotros imprime» la existencia de «una soberana Beldad, sin adorno, sin defecto, eterna, inmutable, toda acto, toda virtud, toda perfección, que en unidad infinita comprende todas las excelencias y agrados de que las cosas materiales muestran algún rasgo, la cual, por una

eterna complacencia, es juntamente el principio y objeto de su amor, de cuya fecundidad se derivan todos los entes de la Naturaleza, y que los atrae por su bondad, siéndoles principio y fin, por un cerco de luz que se continúa sin interrupción. Si las Hermosuras mortales son atractivas, es por imágenes suyas; y nuestras almas, siendo de tan superior naturaleza, y que no deben amar sino lo que les puede aumentar perfección, no se apasionaran por objetos perecederos, si su luz no aludiera á la idea que en sí tienen de una Beldad original, en cuya ausencia se consuelan con su imagen. De aquí procede que las primeras llamas del amor son inocentes, y sus nuevos ardores excitan el valor á generosas empresas, despiertan el ánimo de la torpeza de la ociosidad á la invención de las artes, y producen los mismos efectos que dicen haberse esparcido con la luz en el antiguo Caos. En estos principios el Amor se satisface de sí mismo, sin más fin que el de amar; sus movimientos no se emancipan de la razón sino por algún exceso que descubre divinidad en el objeto amado, y la deja en una suspensión de las potencias, como si poseyera el Soberano Bien.... Así que, despierta el alma al atractivo halago de la belleza corpórea, suspira interiormente por un bien más verdadero, y aunque no tiene dél sino una confusa idea, no deja de sentir la vehemente inclinación de buscarle más allá de lo material de los cuerpos, y si habiendo tenido este impulso, la detienen en los objetos sensibles las pasiones de la porción infe-

rior, padece un secreto dolor de ver estorbados sus deseos.... Las llamas del Amor, apetecibles en la luz, templadas en el calor, parecen tan puras y tan conformes á nuestros deseos, que al principio nos prometen todo género de felicidad; mas si nos detenemos á este esplendor, que hechiza los sentidos, si damos el corazón á un sujeto que no debe servir sino á los ojos.... el alma, despechada de la infelicidad del suceso, padece más que el hambriento entre las pinturas de los manjares de que está deseando la sustancia. Esto nos da á conocer que la Hermosura corporal no es más que una sombra, un borrón de la divina (verdadero objeto de nuestro amor), la cual, siendo perfección infinita, puede satisfacer á todas las potencias....» Cuando los amantes figuran la hermosura adonde no la hay, muestran moverse por otro objeto que el que ven.... los términos que les son tan comunes, de divinidad, adoración, ofrenda y sacrificio, explican el sujeto á que se debe el amor, y cuando protestan que ha de ser eterno, le niegan á una beldad caduca y sujeta á infinitas mudanzas....»

Todo en este discurso es apacible y sereno; todo aspiración á la paz del espíritu: veamos con cuánta gracia lo dice el autor: «Pues la mar contiene sus ondas por no inquietar nuestro sosiego, quietemos las de nuestros afectos, por no alterar el que Dios quiere tener en nuestras almas....» «Aunque haya estado (el alma) largo tiempo en la esclavitud destas bellezas mortales, el divino auxilio le puede restituir enteramen-

te su libertad, que no hay prescripción contra el derecho de esta soberanía, y al menor movimiento de nuestros afectos está Dios, como un centro inmóvil, dispuesto siempre á recibirnos; llamemos, pues, los deseos de la diversidad de objetos en que se reparten, y, despreciando las cosas materiales, recójanse nuestras almas al punto de su esencia para unirse al indivisible.... ¿Y para qué le andamos á buscar en otras criaturas? *Nosotros le traemos en el interior de nuestras almas....* dejémonos conducir de la luz interior de los favores de su gracia, y gozaremos más feliz paz de la que podremos imaginar. El mundo nos parecerá diferente de lo que solía, respiraremos un aire más agradable, como al salir de una apacible primavera, y juzgaremos que se ha renovado la naturaleza.... Si la hermosura consiste en una justa proporción de partes, y en un cierto esplendor que les da vida, como la luz á los colores, el alma tiene su hermosura, cuando sus potencias no obran sino por disposición de la razón, y recibe contentos superiores al orden natural, como la belleza excede á la común condición de los cuerpos. No es de admirar que nuestra alma represente mejor la divina Beldad, que una fuente ó espejo la del sol, pues es efecto propio del amor conformar lo amante y amado: corta queda cualquiera semejanza, pues se hace una feliz transformación que los sabios admiran y los buenos experimentan, de la cual la naturaleza nos enseña un rasgo, cuando hace pasar especie

menos perfecta á otra más eminente. El hombre se vuelve Dios en cierta manera: ¿quién osara formar tal pensamiento, si no procediera del cielo, si el oráculo de la verdad no le confirmara, y los santos no le hicieran creíble con sus éxtasis y la perfección de su vida, que parece libre de toda materia?... Si les culpan como al filósofo Anaxarco el menosprecio demasiado absoluto de las cosas del mundo, responden, mostrando el cielo, que trabajan por descansar en su patria, y que dirigen sus deseos á procurar una felicidad, que no ha tener fin: gozanla en cuanto la condición desta vida lo permite, y si la transformación del amor no les da toda la gloria de los bienaventurados, á lo menos les concede gran ventaja sobre todos los contentos ordinarios de la naturaleza, que sus almas atraídas de los halagos de una soberana hermosura inteligible, se anegan en los abismos infinitos de perfecciones, y en el origen del bien, adonde hallan la satisfacción de todos sus deseos.... Juzguemos si en estos éxtasis en que el alma posee más que puede, y espera más que posee, si en una vida que excede á todos los contentos naturales y anticipa los de la gloria, si entre los ejercicios de los ángeles podrá inclinar su afición á la beldad de los cuerpos y al placer de los brutos.... Como el amor ocupa sólo á la unión, cuya perfección no se halla sino en el centro y último fin, el del hombre racional no puede aspirar sino á Dios.»

El conde de Rebolledo confiesa llanamente el

origen platónico de esta doctrina: «La Academia parece que la tomó de la Escritura, para restituirla á San Hierotheo y San Dionisio, ¹ pues la pone Platón en boca de la docta Diótima.» Y yo, por mi parte, añadiré que hay también en el *Discurso de la hermosura* un eco remoto de León Hebreo, y una reminiscencia más directa y señalada de los tratados místicos de que luego hablaré. Así es que á la gran construcción ontológica de Judas Aberbanel prefiere Rebolledo el procedimiento subjetivo y psicológico, como si presintiese la transformación que las ideas acerca de lo bello iban á experimentar en el siglo xviii. Pero no cabe duda que el término esencial de su doctrina es platónico: sólo que el platonismo aparece ya muy empobrecido de sustancia filosófica, hasta el punto de haberse convertido las sublimes metafísicas de Diótima en una bien intencionada exhortación piadosa. La forma es elegante todavía; pero más elegante y graciosa que bella. Ha perdido la amplitud, el número y la arrogancia con que se movía en las páginas de Boscán, del Inca, y hasta de Calvi, y se ha afeminado, cayendo en la monotonía sin nervio y en las flores contrahechas. Si se lee el discurso de Rebolledo antes de conocer las obras de los grandes platónicos del siglo xvi, agrada y aun encanta; pero, á pesar de la felicidad inmejorable de algunas expresiones, no resiste el cotejo con ninguno de ellos. La frase es pura; pero las más veces muelle, oscilante y poco precisa. Es

¹ Este San Dionisio es el falso Areopagita.

la prosa enervada de muchos ascéticos jesuítas de la última época, dulcedumbre empalagosa derramada con uniformidad por todas las partes de la obra, y á la larga tan insoportable como el culteranismo. Por otra parte, no hay escuela alguna, por alta, por noble que sea, cuya vitalidad no se agote, cuando sus sectarios ruedan eternamente en el mismo círculo durante dos siglos. Á la larga todo se convierte en fórmula vacía, y llega á repetirse mecánicamente como una lección aprendida de coro. Entonces se cae en el amaneramiento científico, hermano gemelo del amaneramiento literario. Es señal cierta de que aquel modo de pensar ha dado de sí cuanto podía dar, y que es necesario cambiar de rumbo, y tomar en cuenta otros datos del problema, olvidados hasta entonces. Tal aconteció á la estética idealista y platónica, cuya juventud tan vigorosa y tan audaz hemos admirado en León Hebreo. Sucumbió, pues, primero por el agotamiento de fuerzas, y luego por el silencio, no interrumpido en todo el siglo XVIII sino por la voz extranjera de Mengs, á quien refutaron sus amigos españoles. Y cuando el idealismo volvió á imperar, no fué ya bajo su forma antigua, sino transfigurado enteramente por Hegel.

Pero en los dos siglos que había durado la dominación de la estética platónica, su huella está donde quiera, lo mismo en Italia que en España, pretendiendo imponerse soberanamente, lo mismo al arte plástico que á la poesía lírica. Platónico es el sentido de *aquella cierta idea* que venía á

la mente de Rafael, y le servía de modelo para sus creaciones. Platónicos son los sonetos de Miguel Ángel y los de Victoria Colonna, y las elegías del Divino Herrera, y los diálogos del Tasso y sus sonetos, y los cantos de innumerables poetas eróticos, que juntaron á los recuerdos de la antigua casuística amorosa de la Edad Media, tal como el Petrarca la había interpretado y tal como Ausias March la había depurado é idealizado, las enseñanzas de la nueva Academia Florentina y las de aquel judío español cuya influencia no era menos honda, aunque se confesase menos. Es cierto que para la mayor parte de los poetas y hombres de letras, no era el platonismo otra cosa que un recurso semejante á la mitología: un florilegio de frases hechas y de lugares comunes, medio paganos y medio cristianos, sobre el Bien Sumo, y la belleza Una en Dios, y derramada difusamente en las criaturas. Era una retórica, en suma, más ó menos socorrida, como lo fué la filantropía en el siglo pasado. Ángelo Policiano había escrito á Marsilio Ficino: «Tú buscas la verdad, yo busco la belleza en los escritos de los antiguos: nuestras obras se completan, y son dos partes de un mismo todo.» Pero realmente la verdad la buscaban pocos, aun dando por supuesto que fuera el platonismo el camino de encontrarla. La mayor parte se contentaban con las flores, y dejaban el fruto. La historia de la Academia Platónica se reduce á la biografía de Marsilio Ficino. Entre sus amigos, sólo Cristóbal Landino, autor de las *Disputationes Camaldulenses*, y el célebre poli-

grafo León Battista Alberti, merecen alguna consideración como filósofos. Pero la popularidad y la importancia histórica de la doctrina son innegables: lo que de ella queda flotando en la atmósfera, es el concepto del «gran Cosmos físico y moral, creado por el Amor Divino, é imagen del Dios que lo habita.»

El principio orgánico de esta Philographía ó *Teología Platónica* (como la llamaba Marsilio Ficino), sólo León Hebreo le formuló con claridad; pero las consecuencias están en todas partes, y están, sobre todo, en los poetas. «Era un nuevo modo de ver el mundo,» como dice Pascual Villari ¹. Era una tentativa para concebirle armónicamente, añadiré yo.

Los artistas del siglo xvi valen mucho más que los filósofos; pero esos artistas son platónicos. Tomemos por ejemplo á Miguel Ángel. De él escribe su antiguo y candoroso biógrafo Ascanio Condivi, que muchas veces le oyó razonar y discurrir sobre el amor: «y me dijeron los que le oían, que no hablaba de otro modo que como se lee en los escritos de Platón: yo por mí no sé lo que Platón dice sobre esto, pero sé que habiéndole tratado tan larga é íntimamente, nunca oí salir de su boca sino palabras hones-

¹ En su reciente y eruditísima obra *Niccolo Machiavelli e i suoi tempi...* Firenze, successori Le Monnier, 1877, tomo 1, pp. 172 á 191.

Vid. además la *Historia de la filosofía del Renacimiento* de Schultze (Iena, 1874), y la *Historia de la Academia Platónica de Florencia* de Sieveking (Hamburgo, 1844).

tísimas, que tenían fuerza de extinguir en la juventud todo descompuesto y desenfrenado deseo.... Amaba, con todo eso, la belleza humana, como aquel que óptimamente la conoció, y universalmente toda cosa bella ¹.» El mismo Buonarroti declara en cualquiera de sus sonetos su filiación filosófica:

«Ma non potea se non somma bellezza
Accender me, che da lei sola tolgo
A fer mie opre eterne lo splendore.»

Sería largo recorrer la literatura castellana del siglo de oro para enumerar á todos los que corrieron en pos de esta «Somma bellezza,» desde el momento en que Boscán «se atrevió (como dice ásperamente Herrera) á traer las joyas del Petrarca en su mal compuesto vestido.» La poesía erótica del siglo xvi es un filtro quintesenciado de Platón, del Petrarca y de Ausias March, diversamente combinados. Así se hacían las églogas y las canciones, así las elegías y los sonetos. Todos estos platónicos enamorados estimaban, ó fingían estimar, la belleza corpórea de sus amadas, como escala para levantarse al *movedor primero*, peregrinando antes por una y otra imagen suya, viaje agradable, aunque largo y no muy seguro, ni muy directo, porque suele acontecer quedarse en el camino.

Pudieran llenarse muchas páginas con los ras-

¹ *Rime e Lettere di Michelagnolo Buonarroti*, precedute dalla vita dell' autore, scritta da Ascanio Condivi. Firenze, G. Barbera, 1858, pág. 151.

gos que la estética platónica y la filosofía amorosa derivada de ella han inspirado á nuestros poetas clásicos de la edad de oro; pero, por lo mismo que la materia es rica, conviene reducirla á términos estrechos, mucho más si se tiene en cuenta que lo esencial aquí no son las múltiples variaciones sobre un mismo tema, sino el punto común de arranque, que es la doctrina de Platón y de Plotino; y el grado de difusión y de influjo popular que esta doctrina logró durante el siglo xvi, no ya en los centros universitarios, sino entre los poetas y más ajenos de enseñanzas de escuela, entre los escritores *legos*, como se decía en el siglo xvi.

Por consiguiente, aunque la expresión más alta y más bella del sistema estético de Platón haya de buscarse en la oda verdaderamente incomparable de Fr. Luís de León á la *música de Salinas*; la expresión popular y más difundida y vulgarizada aparece todavía más de resalto, por lo mismo que es menos metafísica, en los poetas eróticos, tales como Camoens, Herrera y Cervantes, los cuales, como que no procedían discursiva sino intuitivamente, y no aspiraban al lauro de fundadores de ninguna escuela metafísica, ni cifraban su gloria en la contemplación especulativa, sino que tomaban sus ideas del medio intelectual en que se educaban y vivían, nos dan mucho mejor que los filósofos de profesión, ya escolásticos, ya místicos, ya independientes, el nivel de la cultura estética de su edad, mos-

trándonos prácticamente y con el ejemplo cómo depuraban y transformaban estas ideas la manifestación poética del amor profano, y cómo al pasar éste por la red de oro de la forma poética, perdía cada vez más de su esencia terrena, y llegaba á confundirse en la expresión con el amor místico, como si el calor y la intensidad del afecto depurase y engrandeciera hasta el objeto mismo de la pasión.

Con todo eso, ninguno de los cantores del amor en el siglo xvi, aun los más pulcros y más tersos, pueden compararse ni en la sinceridad del sentimiento, ni en profundidad de psicología íntima, con el poeta íntimo por excelencia, con Ausías March. Sólo que, aleccionados por el mismo Ausías (á quien Garcilasso copia é imita), y por el Petrarca, y por los antiguos, funden armoniosamente los caracteres de las diversas escuelas, produciendo un son de nunca igualada dulzura, en el cual la Edad Media y el Renacimiento armoniosamente conspiran para el efecto total.

Tal es el carácter de la expresión erótica en Camoens, sea quien fuese la dama objeto de su fervor espiritualista, por más que los antiguos biógrafos convengan en llamarla Doña Catalina de Atayde. Camoens, fiel á la tradición perarquista, se enamora en Viernes Santo, como el maestro, y como Ausías, pero sabe menos que ellos de la esencia recóndita de su pasión. Ha aprendido en el gran poeta de Valencia,

«Que como o accidente em seu sogetto
Assi co' a alma minha se conforma :

Está no pensamento como *idea*,
Como a materia simples busca a forma 1.»

Pero al afirmar la naturaleza ideal del amor, sabe tan poco y tan confusamente acerca de su esencia, que no acierta á designarle sino con los términos que aguyen más confusión :

«Hum não sei que, que nasce nam sei onde,
Vem não sei como, e doe não sei porque 2.»

Sabe que esta belleza ideal bajó del cielo

«Formosura do ceo á nos descida 3....»

pero se limita á afirmar la rudimentaria noción platónica de que la *idea* reside en el Empíreo y desde allí lo rige y gobierna todo :

«Agora embebecido estés mirando
Allá sobre el Empyreo aquella Idea,
Que el mundo enfrena y rige con su mando 4.»

El amor es siempre para él

«Aquelle não sey que,
Qu'aspira não sey como
Qu'invisível saindo a vista o vee
Mas pel'ó comprender não l'acha tono,
O qual toda a Toscana poesia

1 Soneto 10.

2 Soneto 15.

3 Soneto 66.

4 Monólogo (castellano) de Aonia, en la égloga 1.

Que mais Phebo restaura,
Em Beatriz nem Laura nunca via 1.»

El *Divino* Herrera, patriarca é ídolo de la escuela sevillana, fué más riguroso y más didáctico. No se limitó á decir en versos inmortales, para expresar su adoración más ó menós platónica, por la bella condesa de Gelves :

«Un divino esplendor de la belleza,
Pasando dulcemente por mis ojos,
Mi afán cuidadoso causa y mi tristeza.»

sino que en alas de extática contemplación, llegó á ver en el rostro de Doña Leonor de Milán una como revelación anticipada de la suprema hermosura, celebrando, v. gr. :

«La virtud generosa, lumbre mía,
De vuestra eterna angélica belleza,»

ó exclamando con reconcentrada fruición :

«Inmenso ardor de eterna *hermosura*
En vuestra dulce faz se me aparece
.....
Que yo en esa *belleza* que contemplo

1 Oda 6.ª Cito siempre las *Rimas* de Camoens por la edición de Lisboa, 1621, Antonio Alvarez, dividida en dos tomos, y realizada por versos latinos de Fr. Luís de Sousa. Acerca de la dama objeto de los poéticos fervores de Camoens, pueden consultarse los modernos libros que han publicado, acerca de aquel maravilloso poeta, los dos eruditos portugueses Theóphilo Braga y Latino Coelho.